

BARRERA TYSZKA, ALBERTO. (2006). LA ENFERMEDAD. BARCEIONA: ANAGRAMA.

Reseñado por Mario Morenza
Universidad Central de Venezuela
jedyknight71@gmail.com
UCV

La palabra, lo que nos nombra y lo que nos atrevemos a nombrar. La naturaleza ha sido despiadada al repartir unidireccionalmente el don de la palabra en los seres humanos. Quizá eso sea lo que nos haga humanos y seres. El único animal al que se le encargó ponerle nombre a todos los fenómenos del mundo fue al hombre -damas, no se sientan ofendidas, también iba a decir "...y la mujer", pero me resultó engorroso e inapropiado-

En la novela *La enfermedad* (2006) de Alberto Barrera Tyszka una frase resume una frontera más lapidaria entre los seres vivos del planeta: "La única diferencia entre el hombre y las demás especies es que el hombre es el único animal que sabe que va a morir" (p. 125). Nuestras palabras han regulado el silencio de nuestro cuerpo. Les han dado volumen etéreo a lo que pensamos o lo que, por alguna razón, razones privadas, por inquebrantable tiempo ocultamos a los oídos de los otros. Le han adherido una capa de sonido al dolor: "ay" es una palabra que es común en todos los idiomas de la Tierra.

Las palabras han tramado la Historia de la humanidad y por ella nos han conducido y enredado. Así como "El llanto es escasamente literario" (Barrera Tyszka, 2006: 46) podríamos decir que "el dolor es el más terrible de los lenguajes de nuestro cuerpo. Una gramática de gritos. Un ay convertido en sonido único" (p. 24). El mundo y nuestro cuerpo están en constante diálogo. Cuando nos quedan pocas palabras para arrojar al aire, cuando nos queda poca vida, cuando nos quedan escasas conversaciones con una persona vinculada a nosotros por la sangre o por el afecto, es que en verdad comprendemos el peso de las palabras.

La enfermedad, más allá de ser una alegoría a esa etapa final de la vida de los únicos seres capaces de saber que van a morir, es una exposición descarnada de la biografía que pueden tener las palabras. La palabra como átomo del alma de un hombre, los universos que

puede convocar, evocar y secuestrar con tan solo decir. Ellas son las que explican las verdades del mundo, y en ellas se fundan todos los credos. “La oportunidad de un nombre” es lo que realmente tenemos.

Podríamos decir también que las palabras son la sangre de la realidad. Al existir silencio, y solo silencio, caeríamos en un abismo, en un espacio vacío sin formas ni explicaciones: “La palabra muerte es un hechizo impredecible” (p. 38). Javier Miranda en sus últimos minutos lo intuye, por eso, en el tono de una súplica, de un último deseo, se lo pide a su hijo: “Háblame, no dejes que me muera en silencio” (p. 168).

Los silencios de nuestra vida secretamente han sido los ensayos de muerte que nos han acompañado. Hay lugares en la Tierra, explica Bolaño en alguna entrevista o ensayo, donde el silencio se lo traga todo. Los habitantes de esos lugares entran en ese vértigo ausente de sonido y de pronto, sin control, empiezan a gritar. Aniquilan el silencio con una energía similar a la que usaría una persona que no quiere hablar, que ya está empezando a conocer el peso de las palabras, a una persona como Andrés Miranda que ha repetido por un par de décadas las mismas sentencias sinceras, esas noticias que le informan a sus pacientes que ya deben prepararse para morir, que les queda poco tiempo, escasas palabras, nada de aliento. Y esas palabras vendrán al mundo, a hacerse sonido y aire con una carga, cada una dirá más de lo que antes se suponía que decía. El cuerpo sabe que debe deshacerse de ellas y sus contenidos pronto, muy pronto. Que no se queden secuestradas en el cuerpo. Esas palabras son capaces de raspar el aire, vienen escamadas, con músculos, músculos y espinas, con dolor y furia.

Esto último me lleva a pensar en el ensayo de Terry Eagleton “¿Qué es la literatura?” (1998), que también podríamos preguntarnos qué es el mundo, y muy posiblemente vendrían a nosotros, por la casualidad de la vida, de la naturaleza y de las palabras, la respuesta adecuada. Y de este ensayo rescato las siguientes líneas: “La literatura transforma e intensifica el lenguaje ordinario, se aleja sistemáticamente de la forma en que se habla en la vida diaria” (p. 5). Pienso que si sostenemos con pinzas las palabras de Javier Miranda, que no son las palabras de cualquier hombre sino las de un hombre que sabe que va a morir, que su calendario de vida tiene fecha de vencimiento y que quiere obviar la dieta de la nutricionista

para comer fritangas; si pensamos detenidamente en sus palabras, notamos que se acercan a ese lenguaje cotidiano, esas palabras que podemos escucharle a alguien en una cola, sólo que las de él se hacen literarias: de un momento a otro cualquier palabra que uno diga al saberse conjurado por una enfermedad vienen llenas de literatura, aunque no nos lo proponamos.

Karina, la secretaria, se sorprende de alguna que otra frase escrita por Ernesto Durán. Tal vez no hablemos de contextos literarios o reales, tal vez hablemos de temas, de ambientes propicios para que se den relámpagos literarios en la vida cotidiana con la firma de personas con oficios comunes, o alejados de los que se conoce como el fantástico mundo de las letras. Hace algunos años supe de un ingeniero que citó, sin saberlo, a Javier Marías. Se trataba de una frase casi proverbial de Corazón tan blanco (1994): “Quisiera tener párpados en los oídos”. A veces las palabras nos hacen daño, no podemos evitar escucharlas cuando se lanzan al aire y se vienen hacia nuestros oídos. En el ranking de velocidad de la naturaleza la luz y las palabras son inalcanzables.

Eagleton en su ensayo citado líneas atrás comenta que “[l]os formalistas, por consiguiente, vieron el lenguaje literario como un conjunto de desviaciones de una norma, como una especie de violencia lingüística: la literatura es una clase ‘especial’ de lenguaje que contrasta con el lenguaje ‘ordinario’” (p. 7) que generalmente empleamos.

La novela de Barrera Tyszka nos hace entender que las palabras de por sí, ya son literarias. Ya son literatura. Sin la necesidad de proponernos, cada vez que hablamos, tramamos un texto literario, y que esta agudeza se sostiene, se solidifica y se satura, cuando se respira ese clima áspero de la muerte que se aproxima. El lenguaje se contagia de esa atmósfera. En esos momentos frases como “¡Mírame, carajo!” o hasta un “Ya no quiero seguir, no quiero más” tienen otra resonancia. La literatura puede surgir de cualquier voz con la misma efectividad con que Eugene Ionesco admite a través de sus personajes de una obra teatral a la que asistí hace poco, La joven casadera. La frase a la que me refiero dice que “la verdad puede surgir de cualquier cerebro”. Pueden ser las mismas palabras. Todo depende de los momentos, de las situaciones que calibran el estado de los seres humanos. Las palabras están allí, esperándonos.